

UNA SUMMA DE LA FILOSOFÍA DE LA NATURALEZA DEL ROMANTICISMO ALEMÁN: *EL LEHRBUCH DER NATURPHILOSOPHIE* DE LORENZ OKEN (II)

Luis Montiel

Unidad de Historia de la Medicina – Facultad de Medicina
U.C.M., Madrid (España)

RESUMEN

En el presente artículo se analiza el fragmento del *Lehrbuch der Naturphilosophie* de Oken traducido en un número precedente. Después de una breve reseña biográfica y de una visión panorámica de la situación histórica en la que se gesta la obra de Oken, se procede a mostrar la estructura racional de su filosofía natural, las razones de su aceptación por parte de los médicos y estudiantes de medicina, las influencias de otros autores —especialmente Schelling y Beader— y las aportaciones originales de Oken a la filosofía natural y a la medicina.

SUMMARY

This paper is dedicated to analyze a fragment of Oken's *Lehrbuch der Naturphilosophie*, whose spanish translation has previously appeared in a former issue of this journal. After providing a brief biographical account of the author and a concise examination of this historical context, the paper studies the rational structure of Oken's natural philosophy, the reasons of acceptance of this theories by both students and scholars, the influence of other authors like Schelling and Beader on his work and finally his principal contributions to medical theory and practice.

I. INTRODUCCIÓN.

En un número anterior de *Asclepio*¹ publiqué, precedida de una breve presentación, la traducción de los primeros 66 párrafos de la edición definitiva (1843) del *Lehrbuch der Naturphilosophie* de Lorenz Oken. Mi intención era dar a conocer al lector español la base teórica de uno de los sistemas más militantes producidos por la

¹ MONTIEL, L. (1997). «Una Summa de la Filosofía de la Naturaleza del Romanticismo alemán: el *Lehrbuch der Naturphilosophie* de Lorenz Oken (I)». *Asclepio*, XLIX-2, 85-99.

medicina del Romanticismo alemán, particularmente por aquella más directamente estimulada por la poderosa *Naturphilosophie* de Schelling. La obra de Oken me parecía, y me parece, interesante porque, pese a su indudable dependencia respecto del pensamiento del filósofo, presentaba algunas peculiaridades dignas de consideración, susceptibles de reafirmar la idea, cada vez más extendida, de que no hay una sola «medicina romántica alemana»². Su estudio se inscribe en el que desde hace años realizo con la intención de comprender las razones del surgimiento de dicha «medicina especulativa», así como su repercusión en el pensamiento médico más reciente. A esto se añade que Oken es, por el momento, un autor prácticamente desconocido para el lector español, lo que es igualmente cierto en el ámbito profesional de la Historia de la Medicina, y tanto su pensamiento como algunos rasgos de su biografía pueden resultar muy enriquecedores para la comprensión de lo que significó aquel agitado período de la historia europea. De todo esto pretende dar cuenta, tan pormenorizada como sea posible, el presente trabajo.

II. ACERCA DE LA VIDA DE LORENZ OKEN.

II.1. *El polemista científico.*

Algo adelanté, en la citada publicación, sobre la biografía de nuestro personaje. Sin embargo, lo allí esbozado no permite hacerse una idea cabal de su personalidad, que determinó en medida suma lo accidentado de su trayectoria profesional. Los estudios realizados entre los años 20 y 40 de este siglo por Julius Schuster, Max Pfannenstiel y Rudolf Zaunick, de los que son deudores los más recientes, utilizados mayoritariamente para este trabajo³, delinearon la imagen de un individuo intelectualmente ambicioso, socialmente comprometido y de un temperamento polémico hasta rayar en lo desagradable. Probablemente, tanto su éxito profesional en el ámbito docente, como sus encontronazos con las autoridades políticas y científicas, puedan explicarse sin dificultad a partir de esa personalidad suya, combativa hasta el extremo⁴. A ella debió Oken, sin duda, la brillante realización de sus estudios médi-

² ENGELHARDT, D.v. (1981). «Prinzipien und Ziele der Naturphilosophie Schellings- Situation um 1800 und spätere Wirkungsgeschichte». En: HASLER, L. (Hrsg.). *Schelling. Seine Bedeutung für eine Philosophie der Natur und der Geschichte*. Stuttgart-Bad Cannstatt, Fromman-Holzboog, 77-98; ROTHSCUH, K.E. (1981). «Deutsche Medizin in Zeitalter der Romantik. Vielheit statt Einheit». *Ibid.*, 145-151.

³ Las referencias de los trabajos de Schuster, que no he manejado directamente, figuran, aunque algo incompletas, en BREDNOW, W. (1971). «Lorenz Oken. Zu seinem 100 Todestage». En: BREDNOW, W. *Das Humanum und die Wissenschaft*. Stuttgart-New York, 269-300 (p. 298).

⁴ «Todos los estudiosos de Oken -señala Günther Buse- coinciden en afirmar que era un extraordinario querulante, obstinado y testarudo»; a ello atribuye que no consiguiera hacer amigos duraderos en su

cos, iniciados en 1800 y consumados con el doctorado en 1804, en la Facultad de Friburgo; pero también el primer enfrentamiento de que tenemos constancia con la medicina oficial, que data de esta última fecha. En ese año, el flamante médico publica un opúsculo de 22 páginas que había comenzado a redactar en el segundo año de sus estudios, con el título *Übersicht des Grundrisses des Systems der Naturphilosophie und der damit entstehenden Theorie der Sinne* (*Sinopsis del compendio del sistema de Filosofía de la Naturaleza y de la teoría de los sentidos en él basada*). Según refiere él mismo en una carta dirigida a su amigo Keller, habiendo sometido el manuscrito, ya en 1802, al juicio de su profesor de Cirugía y Obstetricia, J.M.A. Ecker, se encontró con la desalentadora opinión que paso a transcribir:

«¿Qué pretende usted con ese misticismo? ¡Esto no hay persona que lo entienda, a excepción de algunos de los más modernos, y por todas partes despreciados, filósofos de la naturaleza! ¡Puedo asegurarle, querido amigo, que este papelucho no puede publicarse aquí, puesto que todo aquello que suene a schellinguiano conduce al ateísmo! Y ¿para qué, este ansia de sistema? Suprima usted algunas frases (...) y envíe algo a un periódico —como mera opinión—, pero no le aconsejo ni la deducción, ni la sistematización»⁵.

Este primer encontronazo con la ciencia oficial pone de relieve, de manera ejemplar, la crisis que, originada por el cambio de perspectiva epistemológica, está viviendo la medicina en el cambio de siglo. Ecker, defensor del empirismo en tanto que cirujano, pero también a causa de su formación en el *Josephinum* vienes en plena Ilustración⁶, abomina del «ansia de sistema» que detecta en el escrito de su alumno. El término utilizado, *Systemsucht* —que acabo de traducir como se ha visto—, está cargado, para un oído alemán, de resonancias patológicas; *Schwindsucht* se llama, a la sazón, lo que hoy conocemos por tuberculosis, y de hecho su traducción «de época» sería «tisis», con todas las connotaciones propias del término. Pero esta *Systemsucht* es, precisamente, una de las características de esa *Naturphilosophie* no tan generalmente despreciada, pues los médicos y naturalistas más jóvenes encuentran en ella la guía para superar las estériles polémicas entre los sistemas médicos heredados del pasado. Tal es el caso de Oken, quien, no obstante, haciendo gala de prudencia —y tal vez reconociendo lo que de razonable hay en la crítica de Ecker— retocará, para la publicación, su manuscrito añadiendo datos de observación, procedentes, en su mayoría, de autores ya reconocidos, como Bonnet o Swammerdam⁷;

época universitaria. BUSE, G. (1950). *Philosophische und geistesgeschichtliche Grundzüge der Lehre Lorenz Okens*. Inaugural-Dissertation zur Erlangung der Doktorwürde der Philosophischen Fakultät der Albert-Ludwigs-Universität zu Freiburg-i-B. (ejemplar mecanografiado), 71 y 74.

⁵ Tomo la referencia de: BREDNOW, W. (1971), 271.

⁶ *Ibid.*

⁷ BRÄUNING-OKTAVIO, H. (1959). *Oken und Goethe im Lichte neuer Quellen*. Weimar, Arion Verlag, 13.

con todo, aunque, en los años inmediatamente posteriores, se someterá a una cierta disciplina en el orden empírico —publicación, en 1805, de su *Rede über die Zeugung* (*Discurso sobre la generación*⁸), en la línea de los autores citados; aprendizaje, en Würzburg, con Döllinger⁹, de la Anatomía microscópica—, ya en 1804 considera necesario reelaborar su primer escrito en el sentido de una acentuación de su tendencia filosoficonatural, atribuyendo al empirismo la condición de mero auxiliar de la verdadera ciencia. También en este período entabla amistad con Schelling, al que visita con asiduidad¹⁰. Según parece, fue precisamente Schelling quien le dio a conocer los trabajos de Goethe sobre morfología, que darían ocasión a la más sonada polémica científica en que Oken se vio envuelto: la relativa a la prioridad en la formulación de la teoría vertebral del cráneo.

Esta polémica, probablemente el hecho más conocido —si no el único conocido— de la biografía científica de Oken por la mayoría de historiadores de la ciencia, puede considerarse resuelta desde 1959 gracias a la investigación de Hermann Bräuning-Oktavio¹¹. Según parece, Oken era famoso por su apasionado uso de las bibliotecas, así como por el sistemático incumplimiento de sus plazos de préstamo¹². En 1805 descubrió, si así puede decirse, la biblioteca de la Universidad de Göttingen; en carta a su amigo Keller de 13 de Agosto le notifica, exaltado, lo que ha aprendido en esa biblioteca: «¡todo está encontrado, todo pensamiento ha sido ya pensado!»¹³. Pues bien: el registro de prestatarios de dicha institución revela, por ejemplo, que consultó obras de Wolff que no cita en sus trabajos, atribuyéndose dolosamente conocimientos de dicho autor. Este mismo método permite a Bräuning-Oktavio comprobar que leyó obras de Sömmerring, Wiedemann, August Winckelmann y Camper, en las que se citaban los estudios de Goethe, inéditos, sobre el hueso intermaxilar, de los que declaraba no tener conocimiento. Cuando, años más tarde —en 1818— relate en su revista *Isis* su «descubrimiento» de la «teoría vertebral» estará, lisa y llanamente, realizando una falsificación, pues la remite a la contemplación casual de un

⁸ Merece la pena señalar la alta valoración concedida por K.E.von Baer a los trabajos embriológicos realizados por Oken en este período. Cfr. MILT, B. (1951). «Lorenz Oken und seine Naturphilosophie». *Vierteljahrsschrift der Naturforschenden Gesellschaft in Zürich*, 96, 181-202 (p. 186).

⁹ Este dato es igualmente significativo respecto de la auténtica posición del joven Oken pues, aunque Döllinger está a punto de separarse de Schelling con la publicación de su *Physiologie* (1805), cuyo contenido no satisfará al filósofo, de momento es uno de los adherentes a la *Naturphilosophie* (Cfr. MONTIEL, L. (1997). «Filosofía de la ciencia médica en el Romanticismo alemán. La propuesta de Ignaz Döllinger (1770-1841) para el estudio de la Fisiología». *Medicina e Historia*, 70, pp. I-XVI).

¹⁰ BRÄUNING-OKTAVIO, H. (1959), 14-15.

¹¹ Como dato digno de mención a este respecto hay que mencionar que, aunque el trabajo de este autor aparece citado en la bibliografía correspondiente, en el capítulo dedicado a la Anatomía comparada del tomo V de la *Historia universal de la medicina* dirigida por P. Laín no se informa acerca de la resolución de dicha polémica (p. 190).

¹² BUSE, G. (1950), 71.

¹³ BRÄUNING-OKTAVIO, H. (1959), 21.

cráneo de ciervo en el curso de un paseo por la cordillera de Harz en agosto de 1806. De hecho, en agosto y septiembre está, todavía, requiriendo el préstamo de algunos libros que deben servirle para preparar su viaje. El motivo de esta falsificación es adelantarse —aunque sea *a posteriori*— a Goethe, que anunció su descubrimiento en octubre de 1806¹⁴. A juicio de este investigador —juicio que parece sumamente razonable— esta falsificación, así como las críticas a Cuvier, al que considera una especie de traidor a la patria alemana —no olvidemos que había nacido en Mompelgarten/Montbéliard, Alsacia— serían obra del «demonio del ansia de prioridad»¹⁵, que tanto daño ha venido haciendo, desde entonces, a la ética científica.

Este incómodo aspecto de su personalidad tuvo su correlato menos deleznable en la esfera de la política, pues, al menos, en este caso —como veremos a continuación— nuestro autor pagó, consciente y voluntariamente, un precio: el apartamiento de la docencia universitaria en Alemania y, finalmente, el exilio.

II.2. El polemista político.

Lorenz Oken fue, hasta donde sabemos, querido por sus alumnos, por los jóvenes universitarios de la compleja Alemania que asiste, estupefacta, a los sucesos revolucionarios de la vecina Francia; que, en parte, sufre sus efectos sobre su propio suelo y que, a la postre, se ve afectada de manera fundamental por las resoluciones del Congreso de Viena tendentes a restaurar, hasta donde era posible, el Antiguo Régimen. Y este afecto no se debió solamente a lo novedoso de su teoría médica «romántica», sino también, y quizá sobre todo, a sus actitudes políticas, que cabe calificar de revolucionarias en el sentido romántico-nacionalista del término. Romántico y nacionalista, basado en la noción de *Volksgeist* —espíritu del pueblo— es su empeño, realizado en 1822, en fundar una «Sociedad de naturalistas y médicos alemanes» —la *Deutsche Gesellschaft Naturforscher und Ärzte*, activa aún en nuestros días—, como lo es el estilo de su revista *Isis* (1816-1848), dedicada a la ciencia natural, pero no sólo a sus aspectos teóricos, sino también a los institucionales. Precisamente a causa de esta última dimensión la revista se convertirá en uno de los instrumentos que propiciarán la persecución política de la que será objeto.

El asunto de mayor trascendencia de los tratados en este ámbito es la información publicada en el número 195 de *Isis*, (1817), sobre la fiesta celebrada por los estudiantes en el Wartburg, con el título «*Der Studentenfrieden auf den Wartburg*». Este número fue secuestrado por orden de la autoridad; según parece, existe algún ejemplar considerado como «curiosidad de bibliófilo»¹⁶, de modo que sólo he podido ver

¹⁴ BRÄUNING-OKTAVIO, H. (1959), 27-28 y 34-38.

¹⁵ BRÄUNING-OKTAVIO, H. (1959), 32.

¹⁶ BUSE, G. (1950), 79.

las fotocopias, repetidas en varios estudios, de algunas de sus páginas. En todo caso, su contenido es suficientemente conocido¹⁷ a través de la bibliografía de referencia, a lo que se añade la información, muy detallada y mucho más prudente, desde el punto de vista político, contenida en el opúsculo redactado por Dietrich Georg Kieser, a la sazón profesor de la Universidad de Jena y Consejero áulico del Gran Ducado de Weimar-Eisenach¹⁸. Veamos, en primer lugar, en qué consistió el mencionado evento.

Hay que comenzar señalando que el Wartburg es —y lo era aún más en 1817— un lugar emblemático de la historia alemana. Se trata de una fortaleza medieval, situada en las afueras de Eisenach, en la que tuvieron lugar el torneo poético de los *Minnesänger* recreado por Richard Wagner en *Tannhäuser*, y la redacción alemana de la Biblia realizada por Lutero, «secuestrado» por Federico III para impedir una auténtica detención por parte del Papado o de Carlos I¹⁹. La festiva manifestación convocada por las muy activas *Burschenschaften*-asociaciones de estudiantes— conmemoraba precisamente el tricentenario de la proclamación de las tesis de Lutero contra la Iglesia de Roma en Wittemberg (1517), pero, con ese motivo, lo que realmente se pretendía era reafirmar la identidad alemana en pos de una deseada unidad nacional, y exigir las nuevas libertades propugnadas por la Revolución. Kieser y Oken se contaron entre los promotores del evento y se alinearon de manera inequívoca con los estudiantes, pero cada uno desde su propia posición ante la realidad política o, más exactamente, desde su peculiar personalidad. Un hecho, sobre todos los que tuvieron lugar en la fiesta, resultó determinante de los eventos policiales y políticos que siguieron: al caer la noche, los estudiantes encendieron una gran hoguera en la que se quemaron libros considerados ofensivos, incluido el *Codex der Gensdarmrie* del que era autor uno de los personajes más odiosos —y odiados— del momento: el director del Ministerio de Policía de Prusia, Carl Albert von Kamptz²⁰. Tanto a causa de esta injuria, como por la actitud rebelde de los estudiantes, von Kamptz propaló, en los periódicos por él controlados, la especie de que en esa hoguera se habían quemado el Acta Federal Alemana y las resoluciones de la Santa Alianza²¹,

¹⁷ Aunque no por ello perfectamente interpretable, pues los textos se acompañan de dibujos que se supone satíricos, cuyo simbolismo escapa al lector actual.

¹⁸ KIESER, D. G. (1818). *Das Wartburgsfest am 18. Okt. 1817. In seiner Entstehung, Ausführung und Folgen. Nach Actenstücken und Augenzeugnissen. Nebst einer Apologie der akademischen Freiheit und 15 Beilagen*. Jena. Pretendo dedicar, en el futuro, un estudio más detallado a este documento en el que, como su título indica, se plantea «una apología de la libertad académica».

¹⁹ FEBVRE, L. (1956). *Martín Lutero: un destino*. Trad. esp., México, F.C.E., 174-204

²⁰ Este individuo ocasionó también serias molestias al escritor E.T.A. Hoffmann a causa de su participación como abogado -una de las pocas veces en que Hoffmann actuó en el foro- en un proceso judicial contra el Estado prusiano. Hay que decir que eso valió a von Kamptz fama imperecedera, pues, poco más tarde, quedó eternizado bajo la figura de Knarrpanti en *Meister Floh (Maese Pulga)*. Cfr. BRAVO VILLASANTE, C. (1973). *El alucinante mundo de E.T.A. Hoffmann*. Madrid, Nostromo, 161.

²¹ PFANNENSTIEL, M.; ZAUNICK, R. (1941), 145.

que, como es sabido, restablecían el *statu quo* anterior a la Revolución. No pudo probarse que esto ocurriera, aunque cabe pensar que si dichos textos no acabaron en las llamas no fue por falta de ganas por parte de los estudiantes, y del mismo Oken. Pero a esta calumnia se sumó el hecho de que la información que, al respecto, dio Oken en el citado número de *Isis* resultó lo suficientemente provocativa como para decidir a las autoridades que se procediera a su secuestro, y a imponer a su autor una condena de seis meses de cárcel que, a la postre, fue conmutada por el Tribunal Supremo²², lo que se consideró «una victoria total de Oken y de la libertad de prensa»²³.

A partir de este momento, la polémica en torno a *Isis* se convertirá, especialmente por decisión del propio Oken, en una contienda relativa a la libertad de prensa, la cual, si ya resultaba peligrosa desde el punto de vista teórico, lo será aún más por obra de dos circunstancias especialmente graves: la agresión perpetrada por dos estudiantes en la persona del Consejero Ministerial del Zar, Stourdza, y el asesinato de Kotzebue.

Al servicio de la más absolutista de las monarquías, ambos personajes concitaban sin duda el odio de los liberales alemanes. Más concretamente, August Ferdinand von Kotzebue era considerado no solamente un reaccionario sino, dada su condición de alemán —y de dramaturgo alemán— un traidor. Por otra parte, desde su posición de poder a la sombra del Zar, a sueldo del cual espiaba a los jóvenes liberales alemanes, nunca había rehusado el combate en el dominio ideológico, de modo que, para muchos de sus contemporáneos, así como para la historiografía posterior, pasaba por ser algo así como el hombre de la Santa Alianza en la política alemana. A comienzos de 1819, en el marco de la mencionada polémica sobre la libertad de prensa y sobre la libertad *tout court* en Alemania, Oken atacó a Stourdza desde las páginas de su revista, mencionando en el mismo texto a Kotzebue. Su prosa, incendiaria como de costumbre, produjo un efecto violento en sus lectores más jóvenes: dos estudiantes agredieron al Consejero del Zar en febrero del mismo año. Del texto de la denuncia parece desprenderse que la agresión fue solamente verbal²⁴, pero, en el marco en que se produjo, constituía sin duda una sorpresa y un desafío. En todo caso, Stourdza salió bastante bien librado, pues el 23 de marzo Kotzebue era asesinado en Mannheim, precisamente por otro estudiante de Jena, K.L. Sand. Ambos hechos se vincularon al precedente artículo de Oken, de manera que casi cabe pensar, con Bräuning-Oktavio, que su autor salió bien parado con la pérdida de su cátedra como única

²² BRÄUNING-OKTAVIO, H. (1959), 80-81.

²³ EHRENTREICH, H. (1907). «Die freie Presse in Sachsen-Weimar von den Freiheitskriegen bis zu den Karlsbader Beschlüssen». *Hallische Abhandlungen zur neueren Geschichte*, 45, 54, cit. en PFANNENSTIEL, M.; ZAUNICK, R. (1941), 153.

²⁴ BRÄUNING-OKTAVIO, H. (1959), 82.

represalia²⁵. Quizá tuviera que ver en ello la actitud de Goethe, ministro a la sazón del Ducado, quien también sale relativamente bien parado de este incidente —en cuanto a imagen se refiere—, pues podría haberse sentido legitimado para ensañarse con su rival científico y, sin embargo, según se desprende de la investigación de Zaunick y Pfannenstiel, actuó de modo conducente a atemperar la condena²⁶.

A partir de su cese, Oken sobrevivió, junto a su mujer y sus dos hijos, gracias a los menguados ingresos que le reportaba *Isis*, editada a partir de su prohibición en Weimar por «un editor patriótico, el Dr. Fröbel, en Rudolstadt»²⁷, y luego en Leipzig. Es seguro que, durante algunos meses, Oken siguió impartiendo lecciones, lo que resulta incomprensible sin contar con la buena voluntad de sus colegas²⁸, así como con la tolerancia de las autoridades, aunque no es fácil saber si percibió por ello algún ingreso, y de qué modo. Esta situación se mantuvo, con altibajos, hasta su fallida etapa como profesor en Múnich (1827-1832), a la que siguió la mucho más positiva —y definitiva— en Zúrich (1833 hasta su muerte en 1851), someramente mencionada en el artículo precedente. De esta última y más apacible época me interesa solamente destacar, en lo profesional, el hecho de que fue elegido rector de la Universidad, así como que entre sus alumnos se contaron —aunque sin reconocerse luego como discípulos suyos, en el estricto sentido del término— Albert Kölliker y Carl Wilhelm von Nägeli²⁹; y en lo personal, la protección dispensada al perseguido Georg Büchner, mencionada en el artículo precedente. Dado que no pretendo redactar una exhaustiva biografía del autor, baste con lo señalado para acceder, con algún conocimiento sobre su personalidad, al texto objeto de estudio.

²⁵ Considera este autor que Oken no fue tanto una víctima de la lucha por la libertad de prensa cuanto «de su propia *hybris*», pues la libertad a la que aspiraba no era realista (*Op. cit.*, 76-77). Sin compartir este punto de vista, bastante más crítico con el estilo de Oken que con el del poder político del momento, cabe, desde luego, pensar que las consecuencias del «caso Kotzebue-Stourdza», como lo denomina este autor, pudieron haber sido más graves.

²⁶ PFANNENSTIEL, M.; ZAUNICK, R. (1941), 162. Es igualmente cierto que, pese a sus sospechas acerca de la *Naturphilosophie* en general, al final de su vida seguía considerando a Oken uno de los mayores talentos contemporáneos en el dominio de las ciencias de la vida: de «genial» califica su talante investigador, citando su nombre junto al de Humboldt en una de sus conversaciones con Eckermann. Cit. *ibid.*, 168.

²⁷ PFANNENSTIEL, M.; ZAUNICK, R. (1941), 162.

²⁸ Se conoce la existencia de un escrito del claustro de Jena, fechado el 19 de Junio de 1819, en el que se lamenta la pérdida de un profesor tan valioso y estimado. Ref. en BRÄUNING-OKTAVIO, H. (1959), 91.

²⁹ MILT, B. (1951). Los datos referidos se encuentran en pp. 181 y 193, donde se señala que Nägeli reconoció deber a Oken su paso de la medicina a las ciencias naturales.

III. LAS RAÍCES DE LA FILOSOFÍA DE LA NATURALEZA DE OKEN.

A nadie medianamente informado respecto de la filosofía del idealismo alemán sorprenderá la identificación de «filosofía» con «ciencia» con la que arranca el texto de Oken (parágrafo 1). «Doctrina de la ciencia» —*Wissenschaftslehre*— denominó Fichte a su filosofía, y de sobra conocida es la interrelación de ciencia y filosofía en el pensamiento del joven Schelling, creador por antonomasia de una *Naturphilosophie* que, de manera más explícita que en el caso de Fichte, persigue la unificación de los dos grandes dominios del pensamiento que comenzaron a separarse a partir de la obra de Galileo, restringiéndose el significado del término «ciencia» a las dimensiones que hoy comunmente se le reconocen³⁰. Como en Fichte y en Schelling, pero también en Kant, esta ciencia en sentido amplio de la que aquí se habla es una ciencia que parte de principios (*Ibid.*), es decir, apodíctica³¹. Esos principios son los de la matemática. Es razonable: la matemática es la ciencia apodíctica propiamente dicha, por lo que la máxima fidelidad a la divisa kantiana debía conducir a semejante toma de posición y, llevada al extremo —como hace Oken— a la afirmación, contenida en el parágrafo 2, de que «el todo, o el mundo, es la realidad de las ideas matemáticas, o, sin más, la matemática». Se ha señalado³², a mi juicio acertadamente, la influencia de la obra de Franz von Baader (1765-1841) *Über das pythagoreische Quadrat in der Natur* (1798) sobre esta concepción, desde luego pitagórica, de la Naturaleza. No podemos olvidar que dicha obra ejerció también una notable influencia sobre Schelling en la etapa inicial de su tarea filosoficonatural³³. Lo cierto es que Oken seguirá siendo «pitagórico» —o kantiano, en el sentido referido— más allá de lo que Schelling se permitirá a sí mismo y permitirá a su propia *Naturphilosophie*. En todo caso, como Schelling, nuestro autor parece buscar sus raíces en el pensamiento presocrático³⁴.

Sin embargo, falsearíamos, o simplificaríamos al menos, el contenido de esta primera sección, relativa al «concepto de Filosofía de la Naturaleza», si la designá-

³⁰ Cfr. GUSDORF, G. (1993). *Le romantisme, vol. I*. Paris, Payot, 181-186.

³¹ La consigna kantiana aparece explícitamente formulada en los *Metaphysische Anfangsgründe der Naturwissenschaft*, de 1786. Cfr. ARQUIOLA, E.; MONTIEL, L. (1993). *La corona de las Ciencias Naturales. La medicina en el tránsito del siglo XVIII al XIX*. Madrid, CSIC, 101-102.

³² BUSE, G. (1950), 80. Este autor presenta como uno de los preparatorios del *Lehrbuch* el escrito de Oken de 1808 titulado *Über das Universum als Fortsetzung des Sinnessystemes. Ein pythagoräisches Fragment*.

³³ AYRAULT, R. (1976). *La genèse du romantisme allemand (1797-1904), II*. Paris, Aubier, 67-73. No es menos cierto que Baader declaró sentirse «estimulado» en la realización de dicha obra por la lectura de la *Weltseele* de Schelling. Cfr. MILT, B. (1951), 188.

³⁴ Se ha señalado la influencia, más decisiva, de las concepciones dialécticas de Anaximandro y Heráclito en la *Naturphilosophie* de Schelling. Cfr. FÖRSTER, W. (1984). «Schelling als Theoretiker der Dialektik der Natur». In: SANDKÜHLER, H.G. (Hrsg.). *Natur und geschichtlicher Prozess. Studien zur Naturphilosophie F.W.J. Schellings*. Frankfurt, Suhrkamp, 175-201 (p. 177).

ramos, sin más, como pitagórica. Más correcto resulta calificarla de platónico-pitagórica (asociación, por otra parte, bien conocida en la tradición cristiana occidental), en la medida en que el contenido —si así puede decirse— de ese ente abstracto que es «la matemática» lo constituyen, según Oken, las «ideas matemáticas», de modo que la naturaleza es el conjunto de «las manifestaciones de las ideas matemáticas» (parágrafo 5). Este platonismo se ve refrendado por la equiparación entre «aparente», «real» y «material» que se realiza en el parágrafo 8 al referirse a las dos «partes» (o aspectos) del mundo. Es verdad que este platonismo se ve fuertemente atemperado por el hecho de que, en el discurso de Oken —como, por otra parte ocurre en el de Schelling— «aparente» no tiene, en modo alguno, el significado de «falso», del mismo modo que, en el parágrafo citado, al mundo «espiritual» no se le llama, ni por asomo, «verdadero», sino «ideal» y «no aparente». En esta dicotomía se pone de manifiesto solamente la dualidad del aparato cognoscitivo, siempre presente en los *Naturphilosophen*: los sentidos corporales captan fenómenos, «apariencias», y el espíritu «ideas». Pero no existen, ni para Oken ni para Schelling, un mundo verdadero y otro falso, sino dos caras de una realidad³⁵. Por otra parte, esta distinción también está presente en el citado escrito de Baader, aunque en forma típicamente «romántica», es decir, con rasgos que ponen de manifiesto una reelaboración del pensamiento clásico que supera la mera secuacidad. Lo que Baader —y con él Schelling y Oken, me atrevo a asegurar— considera «el gran error» del espíritu moderno —el *Cuadrado* es un ataque dirigido a la filosofía natural newtoniana— es «haber confundido la materia con el principio de la materia»³⁶; algo que, como confirma la lectura del fragmento traducido de su *Naturphilosophie*, Oken evita desde las primeras líneas.

También desde el comienzo actúa Oken como metafísico, lo que probablemente constituye la principal diferencia entre su Filosofía de la Naturaleza y la de Schelling. Tal diferencia no debe entenderse en el sentido de la oposición, ni siquiera de la discrepancia, sino más bien en el referente a la radicalidad de los planteamientos. Recordemos cómo, no sin algo de razón, el viejo Ecker advertía a su díscolo alumno acerca de la extendida sospecha de ateísmo que se cernía sobre el pensamiento schellingiano, a la sazón en la órbita, en lo religioso, de los presocráticos y de Spinoza —*Deus sive natura*—. Oken no tiene ningún rebozo (parágrafo 11) en presentar la Filosofía de la Naturaleza como «historia de la creación», remitiéndose a Moisés. Ahora bien: una vez más caeríamos, a mi juicio, en una grave simplificación si nos limitáramos a ver en la de Oken una filosofía de la naturaleza «cristiana». Diríamos más bien que se trata de una compatible, aún en mayor grado que la de Schelling, con

³⁵ Cfr. ARQUIOLA, E.; MONTIEL, L. (1993), 107 y 113. MONTIEL, L. (1998). «Medicina del alma en el Romanticismo alemán». En: BARCIA, D. (Ed.). *Historia de la Psicofarmacología*. Madrid, You & Us, 383-404 (pp. 386-389).

³⁶ AYRAULT, R. (1976), 71.

el cristianismo³⁷, pero cuyas raíces son más extensas y profundas y, en la mayor parte de los casos, ajenas a él³⁸. Parcialmente lo hemos visto ya, pero aún hay que señalar el dominio filosoficonatural al que remite este presupuesto «creacionista».

Desde el párrafo 9 Oken insiste en poner de relieve la condición esencial de toda creación: el surgimiento de «algo» a partir de «nada». Pero ya en el párrafo anterior ha advertido acerca del carácter relativo de esta «nada», entendida como ausencia de materia en el que podríamos llamar punto cero de la historia de la naturaleza, pues ya existe esa «parte espiritual» del mundo, que solamente «es nula en relación con lo material». Esta declaración, nada sospechosa a los ojos de la religión, remite empero, en la perspectiva que previamente hemos establecido, a una filosofía de la naturaleza pagana, si así puede decirse, como es el atomismo clásico, conexión ésta que, al decir de algunos estudiosos, cabía esperar:

«Siempre que la filosofía natural ha tenido, después de los presocráticos, su momento coyuntural, la doctrina epicúrea y, en ella, sobre todo, el poema de Lucrecio, ha desempeñado un papel importante, si bien con frecuencia oculto»³⁹.

Esta afirmación de los hermanos Böhme en su estudio sobre los cuatro elementos en la cultura occidental remite, especialmente, a las construcciones filosoficonaturales para las cuales es esencial la idea de «vacío», entendido este vacío como ausencia de materia; es decir, para las filosofías atomistas procedentes de las originarias de Leucipo y Demócrito, a su cabeza la de Epicuro. Una vez más debemos recordar la reivindicación schellinguiana del epicureísmo; reivindicación crítica, en todo caso, pues, aun tomando la Física epicúrea y su reelaboración por autores casi contemporáneos suyos —Schelling cita a Le Sage— como precedente de esa «Física especulativa» que pretende ser su *Naturphilosophie*, encuentra en ella un error fundamental: el excesivo mecanicismo, que pretende «explicar el movimiento a partir del movimiento», y no «a partir del reposo», lo que compete a una orientación no mecánica, sino dinámica⁴⁰. Sin mencionar ni a Epicuro ni a Schelling, Oken parece situarse

³⁷ Especialmente, habría que decir, con un cristianismo «alemán», sobre todo si se tiene en cuenta la reconquista de la mística medieval por los románticos. Me refiero a la «teología negativa» del Pseudo-Dionisio, desarrollada, entre otros autores, por Nicolás de Cusa. Para esta teología, «Dios, como causa de todo el ser, no puede ser este mismo ser. Por lo que es “nada”». Cfr. BÖHME, G. y H. (1998). *Fuego, Agua, Tierra, Aire. Una historia cultural de los elementos* (Trad. esp.). Barcelona, Herder, 187-188.

³⁸ Milt se pronuncia, explícitamente, contra un supuesto fundamento religioso de la filosofía de la naturaleza de Oken. Cfr. MILT, B. (1951), 188. Más adelante volveré sobre este tema.

³⁹ BÖHME, G. y H. (1998), 208.

⁴⁰ SCHELLING, F.W.J. *Einleitung zu dem ersten Entwurf eines Systems der Naturphilosophie oder über den Begriff der spekulativen Physik und die innere Organisation eines Systems dieser Wissenschaft*. In: *Werke* (Hrsg. M. Schröter), II, 274-275. Cfr., sobre este asunto: MONTIEL, L. (1993). «Especulación y experiencia en la medicina romántica alemana». En: GONZALEZ DE PABLO, A. (Coord.). *Enfermedad*,

precisamente en este punto, pues, a diferencia del filósofo griego, su «vacío» —o por mejor decir, su «nada»— no es simplemente ausencia de materia, sino no-materia, denominada en este caso espíritu⁴¹. Su toma de posición adopta los rasgos de un fichteanismo paradójico sólo en apariencia, pues si bien en la *Naturphilosophie* el «ser» procede de la «nada» —en el sentido ya señalado— la manera en que esto se produce podría enunciarse diciendo que el «yo (espíritu) pone al no-yo (naturaleza)»; en el caso de Oken, la autopoición del cero (el espíritu) constituye los fenómenos (cfr. párrafos 37, 44 y 45). De este modo, como Schelling, Oken parece reivindicar algunos méritos de la moderna Física mecanicista, trascendiéndola en el sentido de una Dinámica aún por construir.

Como puede verse, da la impresión de que Oken no desea romper totalmente con la Filosofía de la Naturaleza de Schelling; en el párrafo 12 parafrasea al maestro —el hombre, para Schelling, es «la corona y la flor del mundo»⁴²; para Oken es «la corona del desarrollo de la naturaleza, y (...) lo mismo que el fruto asume en sí todas las partes precedentes de la planta»—. Incluso puede afirmarse que sería incapaz de hacerlo, aún pretendiéndolo. Sin embargo, parece que también aspira a radicalizarla haciéndola mucho más abstracta y metafísica, más «filosófica». Su remisión a una Nada originaria⁴³ se remonta, en un sentido, a la teología negativa de la Edad Media (v. nota 37) y, en el opuesto, parece avanzar —aunque esto Oken no podía saberlo— la muy citada pregunta de Heidegger: «¿por qué hay algo con preferencia a nada?»⁴⁴. Lo que sabemos de su carácter —«el demonio del ansia de prioridad»— hace creíble esta hipótesis, compatible con la formulada por B. Milt en el sentido de que Oken habría querido ser «el filósofo natural [por antonomasia] de Alemania»⁴⁵.

clínica y patología. Estudios sobre el origen y desarrollo de la medicina contemporánea. Madrid, Ed. Complutense, 219-238, especialmente 227-228.

⁴¹ No puede olvidarse que, para Lucrecio, el autor reconocido como el más influyente de los continuadores de la filosofía epicúrea de la naturaleza, «nada se engendra de nada jamás por fuerza divina» - *nullam rem e nihilo gigni divinitus umquam*-. LUCRECIO. *De la realidad*./ T. LUCRETI CARI. *De rerum natura*. Edición crítica y versión rítmica de Agustín García Calvo (1997). Zamora, Lucina, 60-61. Recuérdese lo dicho líneas atrás sobre la presencia del poema de Lucrecio en las sucesivas filosofías de la naturaleza.

⁴² SCHELLING, F.W.J. (1805) «Vorrede». *Jahrbücher der Medicin als Wissenschaft*, I, I-XX (p. VI).

⁴³ Véase el apartado «Mathesis», párrafos 31-49.

⁴⁴ Esta pregunta, calificada por su autor en *Vom Wesen des Grundes -Sobre la esencia del fundamento* (1929)- de «necesidad ontológica absoluta», se resuelve, en todo caso, en favor del ser, y no de la nada, al contrario de lo que ocurre en el caso de Oken. Cfr. JOLIVET, R. (1976). *Las doctrinas existencialistas*. Trad. esp., Madrid, Gredos, 150.

⁴⁵ MILT, B. (1951), 182.

IV. PRINCIPALES IMPLICACIONES DE ESTA FILOSOFÍA DE LA NATURALEZA.

Lo primero que llama la atención en el texto de Oken —y tan temprano como en los párrafos 4 y 5— es la trampa que a sí mismo parece tenderse, en tanto que naturalista y médico, su autor; veámos en qué consiste. «El espíritu —afirma en el párrafo 4— es el movimiento de las ideas matemáticas»; y en el 5 asegura: «la naturaleza es la manifestación de las ideas matemáticas». Planteados los términos con esta radicalidad, de aquí debería seguirse que es imposible un estudio de la dinámica de los seres naturales —física o fisiología— desde la Filosofía de la Naturaleza; la fisiología, que es lo que, concretamente, más debe interesar a Oken, solo podría, así, estudiarse desde la Filosofía del Espíritu. Pero esto no constituye un obstáculo insalvable, de modo que su Filosofía de la Naturaleza no se limitará a estudiar las «manifestaciones», las formas, sino también «las leyes» según las cuales «se produce lo material» (párrafo 9). Para ello Oken se retrotrae, sin nombrarlo, al argumento característico de la *Identitätsphilosophie* de Schelling⁴⁶: «la Filosofía reposa sobre la comprobación del paralelismo entre las actividades de la naturaleza y las del espíritu» (párrafo 17. *Cfr.* también párrafo 13). Por otra parte, en el mero enunciado de los párrafos 4 y 5 resuena la concepción aristotélica del movimiento sustancial, del paso del no ser al ser, entendido concretamente como «manifestación», es decir, más bien como paso de lo invisible —pero no inexistente— a lo manifestado. Lo material, se dice en el párrafo 9, es producido, es decir, generado; su esencia es dinámica. Así pues, aunque perceptible sensorialmente en el instante, sólo puede concebirse como quiescente con una ausencia total de mentalidad filosófica, pues su ser es devenir. Una Filosofía de la Naturaleza entendida como «historia de la generación del mundo» (párrafo 11) pone el acento en la concepción de dicha naturaleza como *physis* al modo presocrático, es decir, como generadora y, en consecuencia, es una *physiología* en el más amplio sentido del término.

¿Hasta dónde alcanza esta amplitud? A esta pregunta habría que responder diciendo que tan lejos como llegue la imaginación humana, pues, como se afirma en el párrafo 21, se trata de construir una «ciencia de la totalidad»; concretamente, la «Biología», que es lo que en nuestra perspectiva más interesa, entendida al modo de Oken no se limita al estudio de los seres vivos, ni al de la «vida» *in abstracto*, tal

⁴⁶ Se denomina *Identitätsphilosophie*, o «filosofía de la identidad», a la desarrollada por Schelling a continuación de su Filosofía de la Naturaleza, y más concretamente desde 1800, con la publicación del *Sistema del idealismo trascendental*. El nombre procede de la postulación de una identidad esencial entre naturaleza y espíritu -anunciada ya en la Filosofía de la naturaleza- y, por consiguiente, entre el abordaje filosoficonatural y el idealista-trascendental, considerados como dos perspectivas complementarias sobre lo mismo. Para mayor precisión, *cfr.* TILLIETTE, X. «La nature, l'esprit, le visible et l'invisible. Note sur une sentence de Schelling». En: TILLIETTE, X. (1987) *L'absolu et la philosophie. Essais sur Schelling*. Paris, P.U.F., 44-55.

como sostiene Foucault⁴⁷, sino al de «la totalidad en lo individual». La división, clásica para nosotros, de la Biología en Fitología y Zoología es impensable para Oken. El estudio de vegetales y animales —lo que en el *Lehrbuch* se denomina «Fitosofía» y «Zoosofía» (parágrafo 21)— no constituye la totalidad de aquello cuyo conocimiento encomienda a la Biología, pues a esto hay que sumar, como etapa previa, la «Organogenia», es decir, la génesis de lo orgánico; y, en la medida en que estos grandes dominios forman parte de la totalidad, de su estudio no puede estar ausente la historia del despliegue de lo espiritual, «Pneumatogenia» (*ibid.*).

En esta perspectiva me parece especialmente interesante y fecundo el problema que, implícitamente, plantea Oken acerca de una posible estequiología, es decir, acerca de una hipotética «composición elemental de la materia». Me lo parece, en primer lugar, porque su análisis hace más comprensible las nociones de creación y de Nada originaria a las que antes me referí, y que tanta importancia tienen para su autor; y, en segundo, porque marca la diferencia con la gran mayoría de los sistemas precedentes, incluida la gran *physiología* presocrática. En el parágrafo 21 se presenta a los elementos como resultado de la descomposición de unos inexplicados «cuerpos que componen el mundo», concebidos como «primera manifestación» de la materia. Así pues, los elementos constituirían un segundo nivel del que se compone, *a posteriori*, el «elemento terrestre». Dejemos de lado la pregunta acerca de la condición de esos cuerpos iniciales. Para nuestros fines, el primer hallazgo de interés consiste en ese reconocimiento de que los elementos son el fundamento de la estructura de los seres terrenales, *pero no la primera y radical manifestación de lo material en el cosmos*. Vaya por delante que, según estudios recientes, los *physiologi* presocráticos eran probablemente conscientes del carácter penúltimo de los componentes de sus diferentes teorías estequiológicas⁴⁸. En el caso de Oken podría interpretarse esta cautela como producto de la sospecha de que podrían existir en el cosmos estructuras y niveles de organización de la materia diferentes de los que caracterizan la naturaleza terrestre, para lo cual, por otra parte, no hace falta ser un profeta o un iluminado, sino solamente desprenderse en medida leve del antropocentrismo —cosa que, sin duda, favorece la *Naturphilosophie* romántica en todas sus vertientes—.

Por otra parte, probablemente pueda verse en esta prevención frente a la admisión de la existencia de elementos de cualquier índole, en el sentido más fuerte del término, una consecuencia necesaria de la condición estrictamente dinámica de esta Filosofía de la Naturaleza. Esto es lo que, a mi juicio, se desprende de la lectura del parágrafo 36, en el que se dice que «las individualidades no pueden estar realmente, sino idealmente, no *actu*, sino *potentia*» en el cero, el Todo o el Espíritu. La aceptación de unas raíces últimamente materiales de la realidad material echaría por tierra todo el

⁴⁷ Cfr. ARQUIOLA, E.; MONTIEL, L. (1993), 155-167.

⁴⁸ BÖHME, G. y H. (1998), 111: «La Naturaleza representada por la teoría de los cuatro elementos jamás quiere decir, así pues, la totalidad del ser, sino el mundo sensorialmente perceptible».

sistema. Por eso, en el mismo párrafo se encuentra el ejemplo del hielo y el agua, que apoya la tesis de que «todo aquello que esencialmente parece ser distinto de otra cosa, lo es solamente en la forma». El hielo es agua estructurada en el espacio según reglas determinadas; tal es lo que, según Oken, ocurre con la totalidad de los objetos naturales.

Esto nos lleva, de nuevo, al núcleo abstracto del pensamiento de Oken, y con ello al problema de su noción de Dios. Como ya he señalado, algún autor se opone tajantemente a la calificación de «deísta» atribuida a Oken en virtud del hecho de que conceda, en su sistema, un apartado a «Dios» (párrafos 61 a 66) y de que este «Dios» aparezca mencionado profusamente en otros lugares. Parecería, así mismo, que su noción de un surgimiento desde la nada equivaldría a la clásica *creatio ex nihilo*. Nada más lejos de la realidad. Aquí y allá desliza Oken sutiles referencias en el sentido de que «Dios» es un nombre que damos al espíritu; por ejemplo, en el párrafo 63:

La creación del mundo es el hablar de Dios. «Dios habló, y fue». Esto no significa sin más: Dios pensó, y fue. El pensamiento pertenece solamente al espíritu.

Este Dios no es imagen y semejanza del hombre, pues la condición esencial del hombre, como de todos los seres naturales, es, como hemos visto, ser en el tiempo, y ser determinado, mientras que Dios, o el espíritu, es eterno e indeterminado... en tanto que Nada, es decir, en tanto que no-ser-materia en el tiempo. Pero esa Nada, como hemos visto, es —si así puede decirse— potencia que se realiza continuamente en actos, en autoposiciones; en este sentido debe entenderse la frase del párrafo 57 que dice: «lo eterno debe ponerse sin descanso, pues si no sería una verdadera nada»⁴⁹. La eternidad, así entendida, del espíritu —o de Dios— «es un persistente ponerse de lo eterno (...), un inagotable devenir real lo que no es» (*Ibid.*). Y esta eternidad coincide —al menos en el campo de lo pensable por el ser humano— con la de las existencias finitas: «por eso es la totalidad de lo finito simultánea a la duración eterna; pero lo individual surge y desaparece, como los números en la aritmética» (*Ibid.*). Más que deísmo habría que ver aquí lo que, a mi juicio acertadamente, se ha denominado «enteísmo romántico»⁵⁰, el cual, a juicio de algunos, degrada la idea de Dios, pero correlativamente eleva la de la totalidad de los seres naturales, que comparten la suprema dignidad en el instante efímero. Probablemente es la intención de no incurrir en militante contradicción con la opinión imperante lo que lleva a Oken, al final del fragmento traducido, a asegurar, mediante una

⁴⁹ En este sentido fuerte del término Oken parece estar de acuerdo con lo que, luego, sostendrá Heidegger (*cfr.* n. 44).

⁵⁰ Parece haber sido el médico C.G. Carus quien propuso este neologismo para nombrar la actitud romántica ante una naturaleza en la que se adivina por todas partes la divinidad. *Cfr.* GUSDORF, G. (1993), I, 629.

elegante finta retórica que podría apoyarse en la respetada doctrina de Herder, que «Dios es distinto del mundo» porque, para hacerse reales las multiformes representaciones de lo eterno necesitan pasar del mero pensamiento a la palabra (parágrafo 63), lo que le permite apoyarse en el Génesis: «Dios habló, y fue» (*Ibid.*). «El mundo es distinto de Dios, así como nuestro lenguaje —afirmará al final de dicho parágrafo— es distinto de nosotros. La autoconsciencia de Dios es independiente del mundo, así como nuestra autoconsciencia es independiente de nuestro lenguaje».

V. BALANCE.

Con todas sus limitaciones —incluidas las ideológicamente condicionadas, como ésta que acabo de señalar— la *Naturphilosophie* de Oken pretende, y parcialmente logra, dar respuesta a buena parte de los desafíos que tenía planteados la teoría de la medicina de su tiempo. Sin tener la originalidad de la de Schelling⁵¹, de la que sin duda es deudora, puede atribuírsele un valor especial por el hecho de haber sido redactada por un médico que, además —como hemos visto— fue profesor en varias facultades de Medicina, en un momento en el que el propio Schelling se había apartado del tema. Este hecho —que, por otra parte demuestra la influencia del filósofo en la medicina alemana— refrenda el interés de las autoridades académicas y de muchos estudiantes y jóvenes médicos por una teoría de la medicina de la que se sienten huérfanos, así como la vigencia de una actitud, que pronto dejará de ser estimada, que se caracteriza por el afán de concebir la medicina, entendida como parte esencial de las ciencias de la vida, en íntima relación con el resto de saberes. A este respecto, dos propuestas concretas que figuran en el fragmento traducido constituyen excelentes ejemplos: la insistencia en la fundamentación filosófica del reciente hallazgo de la física en el campo del magnetismo —la unidad fenoménica es, esencialmente, dúplice y polar (parágrafo 47)⁵²— y la noción de «recapitulación» de formas precedentes en la figura humana (parágrafo 19), que tan fecunda será en la embriología del siglo XIX y tan inesperado eco encontrará en la teoría darwinista de la evolución, cuyos actuales desarrollos constituyen —espero que nadie se escandalice al leer esto— aspectos de una nueva filosofía de la naturaleza.

⁵¹ En este punto discrepo de Milt (art. cit, 190), quien subraya la independencia de la *Naturphilosophie* de Oken respecto de la de Schelling. Creo que los parentescos son demasiado grandes, como lo era, en la época de la formación académica de Oken, el prestigio de la filosofía natural schellinguiana. No creo razonable reeditar en este campo, con otros ingredientes, la triste aventura de la teoría vertebral. Tampoco pienso que esto desvalore el esfuerzo de Oken.

⁵² Kant fue el primero que erigió en ley de la naturaleza el carácter polar de las fuerzas que la gobiernan. Cfr. *Metaphysische Anfangsgründe der Naturwissenschaft* (1786), en *Immanuel Kant Werkausgabe* (Hrsg. von W. Weischedel), Bd. IX (*Schriften zur Naturphilosophie*), 49-50.